



## VIII

### EN EL CASINO

**E**L de Villavieja tenía bien poco que ver y mucho menos que admirar. Esto ya se sabe por referencia de don Claudio Fuertes; pero una cosa es saberlo de oídas, y otra muy diferente verlo con los ojos de la cara; subir por su escalera angosta, entre la tienda de Periquet y el *Bazar del Papagayo*; sentir estremecerse los peldaños desnivelados, debajo de los pies; abocar al ves-

tíbulo mal oliente, oscuro, casi tenebroso de día, con algunas perchas desiguales y una bastonera de listones, larga y estrecha; echarse á la ventura por cualquiera de los dos pasadizos que arrancan de allí, uno á la derecha y otro á la izquierda, con el suelo esponjoso y temblón, de puro viejo, y ver aquí un cuarto lleno de cajones vacíos, de quinqués desvencijados, de montones de periódicos de desecho y de vasijas quebradas; más allá un tabuco con honores de secretaría, conteniendo un estante de pino con papeles y algunos libros de cuentas, cuatro sillas ordinarias y una mesa con tapete verde, cartapacio de badana y escribanía de azófar; un saloncillo después con una mesa larga con media docena de periódicos encima y buen número de sillas alrededor, un armariote entre dos huecos de la pared con algunos libros maltratados y varias colecciones de la *Gaceta*, un reloj de caja en un testero, y en el de enfrente un calendario debajo de un gran anuncio encuadrado de los chocolates de Matías López, y dos quinqués, con refractores de latón, colgados del techo sobre la mesa.

Todo aquello era el «gabinete de lectura». Frontero á él, es decir, en el otro extremo del corredor y con luces á la plaza, el gran salón: la mejor pieza del Casino; salón de tertulia, de tresillo, de billar y de café al mismo tiempo, y de baile cuando llegaba el caso. Entonces se arrimaban á la pared las sillas de paja y las cuatro butacas descomulgadas y bisuntas que ordinariamente andaban de acá para allá al capricho de los desocupados; se amontonaban las mesitas y los veladores en el cuarto oscuro ya conocido, y en la *leonera* y otro cuarto más por el estilo que había á su lado, ó en la cocina, y se convertía la mesa de billar en mesa de ambigú vistosamente adornada, en la cual se destacaban y lucían mucho las pilas de azucarillos y las bebidas refrigerantes en la cristalería de Periquet; se encendían las dos docenas de velas correspondientes á otras tantas palomillas de quita y pon que había á lo largo de las paredes y en cada cara de los dos pies derechos del medio; y con esto y unas colgaduras de tul de tres colores en las puertas, y unas guirnaldas de flores contrahechas, serpeando poste arriba

en los dos mencionados, y con quemarse allí unas pastillas del Serrallo, ó medio real de alhucema, resultaba el salón muy oriental y hasta espléndido, en opinión de los más descontentadizos y exigentes villavejanos.

La mesa de billar, por razón de la luz que necesitaban de día los jugadores, estaba en una de las cabeceras del salón, cerca de uno de los tres balcones que daban á la plaza. Los tresillistas, por alejarse todo lo posible del ruido que de ordinario se hacía en la mesa y alrededor de ella, entre jugadores, choque de bolas, cántico del pinche, matraqueo del bombo, que era de hojalata, y comentarios y disputas de mirones y tertulianos, ocupaban la cabecera opuesta, á más de treinta pasos de distancia, porque el salón era enorme. Tenía el servicio de la casa, desde tiempo inmemorial, ajustado á una tarifa votada en junta general de socios, con asistencia del contratista, un cafetero establecido en la calle trasera, en un local de muy mala traza; pero, según fama, cumplía bien sus compromisos, y hasta gozaban de mucho crédito sus géne-

ros, su diligencia, y particularmente sus limonadas en la estación de verano.

Y no había otra cosa digna de mencionarse en el Casino de Villavieja.

Aquella tarde, ó más bien, aquel anochecer, había, como de costumbre á tales horas, poca gente en el gran salón. En las mesas de tresillo, nadie; en los veladores inmediatos, lo mismo; en el sofá de gutapercha jironeada y en las cuatro butacas contiguas á él, Maravillas y dos «chicos de la redacción», hablando ú oyendo leer, muy por lo bajo, á uno de ellos unos pape-lucos. Cerca de la mesa de billar, tomando café arrimados á un velador, el fiscal y dos amigos; y jugando *chapó*, con el estrépito de siempre, el Ayudante de Marina y Leto Pérez el farmacéutico; el primero sin corbata y con el cuello y el chaleco desabotonados; el segundo lo mismo, y además en mangas de camisa; licencias muy justificadas en aquella ocasión, porque tal era el calor que hacía, que «se asaban los pájaros», al decir del hijo del boticario sin apartarse mucho de lo cierto.

A pesar de este calor y de la peste que

daban los dos reverberos de petróleo colgados sobre la mesa, recientemente encendidos, aunque á media luz todavía por recomendación del conserje, muy encarecida al muchacho que apuntaba; á pesar de esto y de llevar más de dos horas jugando, ni el Ayudante ni Leto mostraban señales de cansancio. Particularmente Leto, parecía endurecerse y animarse con la pesadumbre del calor y los esfuerzos de la brega. Le faltaba tiempo para todo: apenas se detenía su bola, largaba el tacazo y tomaba la contraria casi al vuelo; agarrado á la baranda, veía correr á las tres, porque á no estar en mano una de ellas, á las tres ponía en movimiento disparatado, y las seguía y arreaba con los ojos; y como siempre *hacía* algo, cuando no lo hacía todo, palos, carambola, pérdida y dos billas, con un estruendo espantoso (porque el paño tenía heridas y recosidos, y las bolas desconchados, y sonaban sobre el tablero como si llevaran clavos de resalto), las sacaba de las troneras y plantaba los palos antes que el pinche acabara de cantar el golpe. Al Ayudante le daba siete tantos y

la salida, si la quería; y así y todo le llevaba de calle, porque no había defensa posible contra un modo de jugar como el



de Leto. Y cuidado que el Ayudante jugaba bien; pero como no lograra pegar al otro á la baranda, cosa perdida. Con una cuarta de taco que pudiera meter en la mesa el farmacéutico, golpe hecho por donde me-

nos podía esperarse. Para una fuerza inicial como llevaba su bola, no había nada seguro en la mesa, ni en las inmediaciones las más de las veces. El Ayudante desfogaba sus contrariedades llamándole San Bruno, y chiripero, y leñador y otras cosas parecidas. Leto le concedía que le salía bastante más de lo que tiraba; pero no que estuvieran bien aplicados los calificativos aquellos. Y sobre eso porfiaban á cada instante y apelaban al juicio de los mirones; y daba Leto cada carcajada y decía cada cosa!...

Porque aunque todo lo tomaba con calor, rara vez se incomodaba. Tenía eso de bueno, por de pronto; amén de la estampa, que no era mala por ningún lado que se la mirase. Al contrario, reparando mucho en ella y sabiendo mirar, había momentos en que resultaba hasta hermosa. Leto era fornido, sin ser basto ni mucho menos, ágil y bien destrabado de miembros, de mirar noble é inteligente, sano color y correctas facciones; la barba, de un matiz castaño oscuro, nutrida, suave y bien puesta; el pelo semejante á la barba; los dientes sanos y blan-

quísimos; la boca no grande y fresca, y el cuello, que entonces estaba al descubierto, limpio, blanco y redondo como una pieza de mármol. Pues siendo así al pormenor, sólo en determinados momentos, como se ha dicho, resultaba, en conjunto, hermoso en el sentido estético de la palabra. La razón de este contrasentido que pocos trataban de investigar (uno de ellos don Claudio Fuertes, que tan conocido le tenía, y sin embargo se le pintó á don Alejandro de la manera indecisa que se vió en su carta), la hallaría un fisiólogo de tres al cuarto con sólo reparar cómo jugaba y discutía y razonaba y se conducía en todo, con relación á los que le oían ó le miraban, el hijo de don Adrián Pérez, y la irá conociendo el lector según le vaya tratando.

El caso es, á la presente, que Leto llevaba de calle al Ayudante; que el Ayudante se picaba; que Leto se defendía á su manera; que el fiscal y sus colaterales les embrollaban el pleito para enzarzarlos más en él; que el pinche dió una vuelta á los tornillos de los reverberos, porque ya no se veía lo necesario para jugar la última

mesa comenzada del último partido; y que en este estado de cosas se marcharon los dos amigos de Maravillas; se sentó éste junto al velador más próximo al billar por el lado de *cabaña*, y «variando de conversación», preguntó el fiscal al mozo farmacéutico que engredaba la suela de su taco en aquel instante, después de haberse limpiado el sudor de la frente con una manga de su camisa, si había ido á visitar al *Macedonio*.

— Y ¿quién es el Macedonio? — preguntó á su vez Leto candorosamente.

— Me parece que bien claro está, — replicó el otro muy serio. — El señor de Bermúdez Peleches.

— No veo yo esa claridad...

— Hombre, — añadió el fiscal repantigándose en su silla y metiendo los pulgares por las sisas del chaleco: — un Alejandro que tiene por hermanos á un Héctor y un Aquiles, no puede ni debe ser otro de menor talla que el de Macedonia, el *Magno*, que llamamos la Historia y yo. Además, según mis noticias, es tuerto como su ilustre padre, el jumista Filipo. Otro rasgo de familia...

Se celebró mucho la ocurrencia por todos los presentes, incluso Maravillas, que por aquella vez no usó la sonrisita á que le obligaba de continuo su papel de librepensador propagandista; por todos, menos por Leto, que se quedó mirando de hito en hito al fiscal... hasta que de pronto soltó una carcajada.

— ¡Carape! — exclamó en seguida, — que está de molde el apodo.

— Gracias, muchacho, — dijo muy serio el fiscal.

— Vamos, que quedará como otros muchos.

— No lo dije por tanto; y hasta lo sentiría, porque tengo los mejores antecedentes de ese caballero, y en especial, de su hija. Dicen que es cosa excelente... Pero ¿en qué quedamos? ¿ha ido usted ó no ha ido á verlos?

— ¡Yo!... ¿á qué santo?

— Al santo que ha ido media Villavieja... ¡Canario, cómo se conoce que tienen guita larga!

— Pues mire usted... (Allá va eso, Ayudante... Vaya usted contando: la carrerita